

# EL SALMANTINO

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.



Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran y D. Domingo Blanco*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

## Á LA GLORIA DE ESPAÑA.

Por mas que nuestro periódico sea puramente literario, queremos no obstante dejar en él consignado uno de esos sucesos que hacen época en la historia de las naciones, uno de esos sucesos que abren el corazón á la esperanza, que ensanchan el ánimo y muestran la magnífica perspectiva de un porvenir sin nubes que oscurezcan el limpio sol de la Libertad. ¿No se ha probado ya bastante la virtud de los españoles con tantos años de nunca vistos desastres? ¡Oh! Esa sangre reciente todavía que humea en los campos de batalla, esos insepultos restos de tantos millares de valientes claman fervorosamente al cielo porque conceda á sus míseros hermanos la paz y *felicidad* á que son por cierto muy acreedores. Sus votos fueron al fin escuchados; los que antes ¡error funesto! se habian considerado como enemigos, lloraban en silencio la fatalidad que á unos de otros alejaba; una voz gritó en medio de ellos *union y fraternidad*, y aquella voz fue suficiente para que cayesen aplanadas las barreras que á las dos partes de la nacion dividian, para que se abrazasen como hermanos, y confundiesen sus lágrimas de alegría los antes llamados enemigos. Y no ha sido esto una de esas farsas que de cuando en cuando vemos con lástima en la historia de los pueblos; ha sido un movimiento franco, espontáneo y sincero, peculiar de los pechos españoles. Pocos dias hace que al ver rodeados de peligros la CONSTITUCION Y

LA REINA, el pueblo español, siempre noble y generoso, poniendo mano á las espadas que con tanta gloria empuñó en 1808, lanzó el grito de DIOS SALVE AL PAIS Y Á LA REINA, y ahora envainando en los campos de Torrejon de Ardoz las no ensangrentadas armas ha exclamado con el acento del corazón: EL PAIS Y LA REINA SE SALVARON.

Hé aqui el gran suceso que quieren os dejar consignado. Antes de volver á entrar en nuestras pacíficas tareas, antes de volver al antiguo sosiego que nosotros tambien los redactores de *El Salmantino* á la vez de la Patria y de la Reina hemos dejado, queremos exhalar asi nuestro júbilo y nuestro entusiasmo. En un pais en que tan frecuentes son semejantes hechos no puede sucumbir la Libertad; el destino le llama á ponerse al frente de la civilizacion europea.

¡Ojalá que nuestros deseos se cumplan! Mientras tanto, cuando alguna tormenta amenace los caros objetos ahora proclamados, repetiremos nosotros desafiando los peligros, estos versos de un afamado poeta:

Mientras valor tengamos y arrogancia

No ha de faltarnos Libertad ni tierra.

A. Gil Sanz.

## REVOLUCIONES.

La palabra *revolucion* es una de las que dejan menos gratas impresiones en nuestro ánimo, y muchas personas hay á quienes llena el corazón de alarma y sobresalto. Esa palabra representa para no pocos desorden, anarquía



y crímenes terribles y sin término. Es una de aquellas voces que llama Bentham *apasionadas*, porque escitan fuertes antipatías en contra suya, y nos arrebatan la serenidad que necesitamos para pensar con cordura y sin prevención. Desgraciadamente para la humanidad muchas y muy frecuentes han sido las revoluciones en que se ha hecho el apoteosis del crimen, en que hasta la virtud misma se ha presentado con formas groseras y repugnantes, y en que el poder se ha ejercido por los hombres mas corrompidos y menos ilustrados de los pueblos. Acaso en ninguna época se ha pronunciado esa palabra con mas hastío y aborrecimiento que en el siglo XIX; porque el alma se halla cansada de trastornos infecundos y criminales, que no han conducido mas que á la elevacion de los mas osados y ambiciosos.

Hay revoluciones, sin embargo, en que vemos interesarse, no á una docena de hombres atrevidos y de accion, sino á la mayor parte del pais, á clases respetables y pacíficas y á hombres de todas opiniones y partidos. Al estudiar un hecho de esta especie aun los mas apegados al inalterable sistema de no hacer nada conocen que sus principios no tienen una verdad completa, y que es indispensable la admision de legítimas excepciones.

No profesamos nosotros la anárquica y desorganizadora doctrina de que al menor deslíz de los gobiernos los pueblos tienen el derecho de insurreccionarse y de aventurar en una batalla su tranquilidad y su reposo. No: esta doctrina hace imposible todo gobierno. El género humano tiene un sagrado deber que cumplir, y si le quebranta, contradice los grandes fines de la creacion. No ha recibido la existencia para consumirla en un ocio torpe y voluptuoso; Dios se la ha dado para que desenvuelva sus fuerzas y las perfeccione. Sin paz, sin orden y sin seguridad todo desarrollo es inasequible y toda idea de mejora es un sueño; por eso los trastornos frecuentes son enemigos de los adelantos del género humano, y deben considerarse como un obstáculo para el cumplimiento de su destino. No se crea por tanto que somos abogados de los motines y de las guerras civiles; rechazamos esa inculpacion como falsa y calumniosa, porque siempre el orden social y político nos tendrá de su parte y no vacilaremos en sostenerle con nuestras débiles fuerzas.

Empero no seremos tan cobardes que si el pueblo nos llama en defensa de una causa justa, no acudamos sin vacilar al sitio en que quie-

ra colocarnos. Con esto queremos dar á entender que hay revoluciones legítimas, y que el contrariarlas es un crimen, como el promover y defender las que la razon y la conveniencia pública reprueban. Cuando un gobierno ha abusado bárbaramente de su superioridad, cuando ha convertido en *esclusivo* provecho de sí mismo el poder que recibió para hacer la ventura de los pueblos, cuando ni la propiedad, ni la libertad, ni la religion, ni los sentimientos mas nobles se respetan, entonces el gobierno tiene sobre sí la maldicion del cielo y la sociedad no solo posee el derecho de *insurreccionarse*, sino que hasta obligada se halla á remover con mano vigorosa y robusta los obstáculos que opone el crimen al desenvolvimiento humano. La revolucion que en Francia arrancó el mando de manos de Robespierre, fue necesaria y justa, y todos los hombres honrados tuvieron obligacion de proporcionarla auxilios y de procurar su triunfo. El pueblo romano, que en sus buenos tiempos era el asombro del mundo por su valor y sus virtudes, bajo el cetro de hierro de los emperadores no fue mas que un gran rebaño de siervos sin una idea noble y sin un sentimiento generoso. Cruel, cobarde y estúpido, contemplaba con un placer bárbaro las horribles y sangrientas luchas del circo, y se encenagaba con inmundo deleite en las torpezas mas lascivas. Llegó al punto mas alto de degradacion á que puede llegar un pueblo, y parece que la Providencia bosquejó el cuadro mas negro que presenta la parte flaca del hombre, para que resaltara mas vivamente la belleza purísima del cristianismo. Las grandezas humanas tienen un término, y el imperio de Roma puede considerarse como la lenta agonía de las sociedades antiguas; sin embargo, no contribuyeron poco á esta degradacion los hombres imbéciles y corrompidos que una suerte funesta habia colocado en el alcázar de los Césares. Neron, Calígula, Domiciano, Caracala y otra larga série de déspotas, cuyos reinados estan escritos con sangre, no respetaron nada que fuese sublime y arrastrados por un fuerte instinto de injusticia se arrogaron la torpe mision de embrutecer, pervertir y martirizar al género humano. Si el pueblo de Roma hubiera sentido despertarse en sus hijos el entusiasmo ardiente de los vencedores de Zama, los tigres del imperio no representarían en la historia el horrible papel que desempeñan en el sangriento drama del mundo. Una revolucion legítima y universal, y no los motines de la guardia pretoriana, los hubiera derroca-



do en el abismo de que no debieron salir, y la sociedad romana habria tomado tendencias quizá mas saludables.

Una ley eterna é invariable, la ley de nuestra naturaleza, nos prescribe que demos un desenvolvimiento completo á nuestro ser, y que arrollemos con pujanza los estorbos que nos salen al paso y que impiden la realizacion de la justicia. Cuando se oprime á los pueblos, no por uno, dos ó tres actos aislados, sino de una manera horrible y sistemática; cuando se cometen, no ligeros deslices, que todos cometemos y que son consecuencia de nuestras naturales flaquezas, sino actos feroces de una crueldad bárbara; cuando se fusila á una poblacion numerosa, destruyendo su industria, desmantelando sus casas y asesinando sus hombres; cuando se proscriben clases enteras, se ponen ciudades fuera de la ley, se huellan los juramentos y se entroniza en el mando á una turba ignorante, sin principios de gobierno, sin moralidad y con ambiciones napoleónicas en almas miserables y mezquinas, la hora de la revolucion ha sonado, los hombres de bien estan obligados á procurar el triunfo de la justicia, y la inaccion de los que tienen las armas en la mano es, ó crimen, ó debilidad, ó cobardía.

Es sin embargo una circunstancia precisa en las revoluciones la probabilidad de la victoria. Porque ¿de qué os sirve, hombres valientes y de buena fe, ese grito generoso que alzais en favor de la verdad y de las leyes, si sois solos en la demanda, si las masas no os comprenden, si las ciudades os rechazan y los ejércitos enmudecen? ¿Para qué verteis una sangre digna de mejor suerte, derramais la de vuestros hermanos que van forzados al combate y haceis oír el estampido del cañon, que no servirá mas que para esparcir la alarma y la angustia en las tímidas y oprimidas familias que sufren con vosotros y sienten como vosotros? ¿Para qué provocais una guerra civil que desborde las pasiones, que dé alas á deseos criminales y que convierta la sociedad en un lago de sangre? La fuerza brutal os abrumará bajo su peso, caerán rodando vuestras cabezas, la opinion arrastrada por la victoria os llamará traidores, dareis motivo á vuestros verdugos para que doblen las cadenas, la causa de la justicia os deberá su derrota, y la humanidad desconsolada, al fijar sus ojos en el porvenir, no descubrirá mas que una larga y terrible perspectiva.

Tambien exigimos para justificar las revoluciones que los vencedores sean generosos con

los vencidos. La victoria se deslustra con la sangre de los débiles, y solo es grande cuando compadece y perdona. Si vais á satisfacer venganzas privadas, no invoqueis el sagrado nombre de la justicia; no envolvais vuestras pretensiones infames en un manto de púrpura, ni espreséis con labios hipócritas é impuros un pensamiento que no es el vuestro. ¿Para qué alzais una bandera de paz si llevais la guerra en vuestro corazon? Sed generosos para ser justos, humildes para ser sublimes y legales para ser consiguientes. Guardaos de decir hoy lo que no hareis mañana; porque hay una justicia superior á los hombres que á todos los mide de la misma manera y no distingue á los vencedores de los vencidos.

Reasumamos: las revoluciones para no ser censurables necesitan: 1.º que sean justas, y no se verifiquen por causas livianas, sino por una opresion sistemática, 2.º que tengan probabilidades de triunfo, y 3.º que sean generosas despues de la victoria.—*Santiago Diego Madrazo.*

---

## CONSTANTINO EL GRANDE.

---

Vamos á rasgucar la historia de uno de los hombres que mas influjo han tenido en los destinos del mundo, así por la proteccion decidida que dió al cristianismo perseguido, como por haber trasladado desafortunadamente, al decir de los mas juiciosos historiadores, la silla imperial á la antigua Byzancio destruida por Severo, abandonando la soberbia Roma conquistadora del mundo.

Flavio Valerio Constantino, hijo de Constantio Chloro y de Helena, nació en Naissa, ciudad de Dardania, en 274. En la corte de Diocleciano, que habia asociado á su padre al imperio, pasó algun tiempo, segun unos, por la afecion que le cobró el emperador por su hermosa figura, por las bellas dotes de su animo y por sus disposiciones guerreras; y segun otros, como prenda de la fidelidad de su virtuoso padre. Luego que Diocleciano y Maximiano-Hércules abdicaron el imperio, empezó á sufrir una persecucion tan constante como alevosa de parte del envidioso Galerio, porque no consistiendo en una declarada ruptura, sino en afectadas muestras de confianza, estuvo constantemente, socolor del bien público, encargado de las empresas mas temerarias y expuesto á los riesgos mas graves: hácia el año



306 se refugió á la sombra de su ilustre padre, que estaba á la sazón en Yorek, donde el piadoso Constantino recogió á poco los últimos consejos y el último aliento del autor de sus días, y donde fue designado su sucesor.

No habiéndole podido sufrir el mal intencionado Galerio en un lugar inferior, no era de creer que le viese con aprecio ser su igual, rehusóle por eso el título de Augusto dejándole el de Cesar; pero heredero de las provincias mas belicosas del imperio que mandaba su padre, sus primeras empresas dirigidas contra los francos que asolaban las Gaulas fueron coronadas con esplendorosas victorias, pues pasado el Rin, sorprendidos y despedazados, hizo prisioneros á dos de sus reyes: volvió luego sus armas triunfantes contra Majencio y Maximino coligados en daño de él, y derrotó completamente el ejército enemigo al pie de las murallas de Roma: la víspera de esta batalla, dada el 28 de octubre de 312, es cuando refieren los historiadores que habia visto por cima del sol de Mediodia la cruz resplandeciente con la grave leyenda *in hoc signo vinces*: refieren tambien que el pendon que guiaba á sus valientes soldados en la sangrienta pelea, llamado desde entonces el labaro de Constantino, llevaba esta imponente y gloriosa señal.

Majencio se ahogó en el Tibre, y Constantino entró en Roma al dia siguiente como triunfador rebotando de clemencia: declaróle primer Augusto el senado, y en el año 313 autorizaron Constantino y Licinio la libertad de conciencia por un edicto solemne, y el cristianismo sellado ya con la sangre de los mártires obtuvo una victoria completa. Licinio luego, celoso de la popularidad de su cólega, buscando pretexto de rompimiento, persiguió los cristianos, y fue derrotado primero en Panonia, donde pidió la paz al vencedor que le fue otorgada, y mas adelante y por causa de nuevas desavenencias cerca de Calcedonia, refugiándose al fin en Nicomedia, en cuya ciudad fue cogido y muerto, quedando nuestro héroe dueño y señor único de todo el imperio romano. Esto acaecia por los años de 323.

Dedicóse entonces Constantino á cicatrizar las llagas de la guerra, á proteger las artes de la paz y á promover eficazmente la prosperidad de la religion. En Arles convocó un concilio para acabar con el cisma de los donatistas, que afirmaban que únicamente los obispos africanos de su comunión eran los sostenedores de la verdadera iglesia, y otro ecuménico en Nicea en 325 para extinguir la heregia de Arrio, que

no creia que el Hijo era eterno. Por entonces dió el emperador una prueba robusta de que en su pecho latia un corazón verdaderamente romano. Resentidos los arrianos de la protección decidida que el emperador dispensaba á los ortodoxos, apedrearon sus estatuas: preguntóle con este motivo un miserable cortesano para despertar su venganza si no tenia magullada la cara; Constantino pasándose la mano por el rostro, respondió: «no siento nada.»

Por los años de 308 de nuestra era, Constantino, ofendido con algunos insultos por parte de los romanos, ó enamorado de la magnificencia del sitio de Byzancio, trasladó á este punto pintoresco la silla imperial: conviene todos en que este suceso trajo consigo la ruina de la Italia y la decadencia del imperio romano: así un árbol corpulento, y que por su elevación es el rey de la selva, se desmejora y perece cuando arrancado de cuajo se le trasplanta á un suelo extranjero, por rico que este sea y por solícitos cuidados que se le dispensen. Este fue, á mi entender, uno de aquellos acontecimientos providenciales de los cuales es difícil darse razón por medios humanos. Horacio lo habia ya predicho á Augusto cuando se propuso asentar la capital del mundo sobre las ruinas de Troya.

Pero que no, del próspero destino  
Y su piedad ufanos y seguros,  
Reparar piensan de Ilion los muros  
Los hijos de Quirino.  
Con funestos auspicios renacieran,  
Y con fatal estruendo  
De nuevo hundidos fueran,  
De Júpiter supremo conduciendo  
Yo la hermana y esposa,  
La hueste nuevamente victoriosa.

Oda III del libro III.

En efecto, desguarnecida la Italia y abandonadas las fronteras por las legiones, dieron en acudir á ella los bárbaros como las bandadas de buitres feroces que han olido cadáveres, Roma pasó á ser segunda ciudad del imperio, y Constantinopla, situada entre dos mares, señora activa de dos partes del mundo, encerró en su seno la riqueza, el saber y la gloria del mundo; pero no aquellas calidades varoniles de ánimo que hacen vivir y prosperar los imperios: diriais que el poder romano, incapaz ya de progreso, y escuchando el fragor venidero de las sangrientas contiendas, temiendo el estrago ineluctable que harian en él los terribles pueblos del Norte, huía despavorido se refugiaba con la civilización heredada á



un lugar mas seguro para entregarla mas adelante á estos mismos sármatas cuando estuviesen dispuestos á favor de la religion, á no so- focarla.

Desgracias domésticas de mucho bullo cayeron luego sobre Constantino: la narracion mas verosimil parece la siguiente: la emperatriz Fausta, muger de rara belleza, pero de torpes costumbres, se prendó de Crispo, habido por Constantino en el primer matrimonio: el bizarro mancebo repugnó como el hijo de Teseo su incestuosa solicitud, y acusado entonces por ella de seductor ante el padre, fue condenado á muerte: poco despues se puso en claro la verdad de esta historia, y Fausta pagó con la vida tan enorme crimen.

Andando el tiempo, protegió á los arrianos, llenando así de disturbios la iglesia, y cayendo enfermo el año de 337 cerca de Nicomedia, murió despues de haber recibido el bautismo.

Cúlpasele de haber retrasado la entrada definitiva en la religion por no enajenarse del todo el afecto de los súbditos paganos, lo que no demuestra escasa prudencia: de entrometerse demasiado en las cuestiones religiosas, lo cual hace ver que no comprendió en este punto el papel de soberano: de poco tino en la eleccion de las personas á quienes dispensó su confianza: de ambicion desmedida, y de una magnificencia que rayaba en despilfarro; pero sus buenas prendas escadian con mucho á estos defectos. Su corazon era tierno, su valor sereno, su pericia militar consumada. Tuvo ele- mencia en ocasiones peligrosas, y mas de una vez desplegó su humanidad con los godos ven- cidos. — Manuel Hermenegildo Dávila.

**QJBBADA**

sobre la marcha y revoluciones de la filosofia en Roma, por Benjamin Constant.

(Conclusion.)

En medio de esta lacha entre lo que hay en el hombre de noble y lo que tiene que ser para vivir suavemente bajo la tiranía, procura sobre todo hallar distracciones. La filosofia, pues, llegó á ser en Roma una distraccion, un entretenimiento, una especie de placer menos envidioso que los otros, pero no menos trivial. Estudiáronla entonces los romanos historica-

mente, es decir, en vez de pensar ellos mismos quisieron saber lo que se habia pensado. A ningun sistema se les vió apegados, exceptuado uno de que pronto hablaremos; y no porque un serio exámen los hubiese convencido de la insuficiencia de todas las hipótesis, sino porque para abrazar un todo es precisa cierta capacidad, y carecian de ella aquellas almas afanadas por amenguarse. Seguia cada uno al azar ó capricho, y á veces, por la urgencia del momento, un fragmento aislado de cualquiera doctrina; la reflexion no elegia, el capricho adoptaba, defendia, abandonaba axiomas que solo alteraban la superficie de los espíritus cuyo fondo se hallaba ya inmóvil y sombrío. Augusto, cuya filosofia práctica habia consistido en dar muerte á los que temia, y cuya humanidad se reducía á no matar á los que ningun recelo le inspiraban; Mecenas, orgulloso del buen sentido y habil razon que le habian puesto á los pies del mas fuerte, alentaban esa ocupacion en los restos de la clase ilustrada que les importaba ver ociosa, y agradaba que tuviese ingenio (1).

Una secta hizo sin embargo progresos, porque ofrecia precisamente lo que en aquella época necesitaban los romanos, un código de prudencia y reglas de placeres; esta secta era la de Epicuro. Muchos han querido culpar á esta filosofia de la caída de Roma, cuando prueban por el contrario las fechas que fue uno de sus efectos: vemos á los mas célebres romanos violentarse en cierto modo para rebajarse hasta ella.

Horacio es acaso el mas ilustre de los epicureos, y ofrece un curiosísimo ejemplo de cuánto trabajan contra sí mismas bajo el despotismo las almas elevadas. Habia cedido al destino como el resto del mundo; tribuno militar de Bruto, se convirtió en adulator de Augusto y cliente de Mecenas; pero como los espíritus de cierto temple necesitan enlazar su conducta y hasta sus debilidades con principios fijos, Horacio alavó el epicureismo que justificaba su resignacion. Vióse no obstante que con frecuencia echaba de menos una doctrina mas noble, y á cada paso recordaba la brevedad de la vida como un secreto consuelo, como su propia escusa. Renunció á la libertad pública, apoderándose obstinadamente de la independendencia individual; por eso buscó el re-

(1) El mismo Augusto escribió un libro exhortando á los romanos al estudio de la filosofia.



tiro, y huyó de la fama, escapándose de Mecenas á riesgo de disgustarle.

Otros muchos hicieron esto mismo con mas facilidad, porque tenian menos talento y mas bajeza que Horacio, convirtiéndose la filosofia de Epicuro en doctrina dominante. El viejo usurpador, alegre de sus progresos mientras la creyó propia para desenamorar á los hombres de la libertad, llenóse de espanto al descubrir que tambien los desaficionaba de todo, y que el egoismo tan poco dispuesto se hallaba á sacrificarse por la patria como por un señor. Quiso entonces recurrir á medidas severas, pero no es dado á los corruptores de los pueblos el ser sus reformadores, y el cielo por otra parte preparaba á los romanos una leccion mas severa. Tiberio, Calígula, Claudio y Neron vinieron, como era preciso, á recoger el fruto de los triunfos de Cesar y de la política de Augusto, y la debilidad y la fuerza, el vicio y la virtud, la cobardía y el valor, todo fue indistitamente herido. Los romanos aprendieron que bajo la tiranía no basta el estar sumisos para vivir tranquilos, ni el ser viles para obtener perdon. La opresion cuando se viste de formas dulces é hipócritas, enerva y degrada la especie humana, pero cuando es feroz se convierte en severa y útil instructora. Asi á la sombría crueldad del hijo de Livia, á la demencia de su sucesor, á la imbecilidad del marido de Agripina y á la sanguinaria y caprichosa depravacion de su lujo, debió Roma el renacimiento del estoicismo. Todos los filósofos de la época fueron estoicos: el escepticismo solo cabe en tiempos de bonanza ó al menos de reposo, puesto que la duda solo place al hombre cuando es feliz, pero cuando sufre necesita una opinion fija.

Los estoicos, templados por la desgracia, no se perdieron como los filósofos griegos en una metafisica oscura é inaplicable; solo estudiaron la moral. Séneca despreciaba altamente las espinosas frivolidades que habian ocupado á Cratipo. Epicteto, aunque enseñaba la filosofia en Nicópolis, y por consiguiente se hallaba en la misma posicion particular que los filósofos griegos, declaró que el fin de sus lecciones era el conocimiento y ejercicio práctico de la virtud, y que la dialéctica solo era un medio de dar mas claridad y orden á las ideas, medio cuyo abuso convenia evitar cuidadosamente. Esto consistia en que ya no buscaba el espíritu un teatro donde desplegar sus brillantes facultades, era el alma la que buscaba un asilo donde refugiarse, y solo la moral podia dársele.

Los estoicos de Roma sacaron sublimes consecuencias de algunos axiomas que no eran en Grecia mas que sofismas. Á fin de conciliar la libertad humana con la necesidad, pretendieron los discípulos de Zenon que al hombre para ser libre le bastaba querer lo mismo que la necesidad le ordenaba; el estoicismo romano partió de esta idea para crear un género de libertad que colocó en el fondo de los corazones como en un santuario. No siendo posible al individuo salir de la gran cadena de los sucesos sin romperla y echar por tierra el orden de la naturaleza y las nociones de causa y efecto, idearon hacerle independiente de los sucesos por el sentimiento y el pensamiento; y esta hipótesis que no sirvió en Grecia mas que para eludir fuertes objeciones, se convirtió en principio de fuerza, seguridad, y heroismo que desafiaba los furors de los tiranos. Lo mismo pasó con las máximas adoptadas por esta secta sobre la oracion. Habíase dicho que para obtener de los dioses lo que queramos no debia pedírseles mas que lo que ellos quieran: y este axioma que asi redactado era una burla contra la bondad divina y eficacia de nuestros votos, esa sutileza sirvió á maravilla para determinar qué súplicas deben dirigirse á los dispensadores de las cosas. El sabio no aguarda que los dioses le otorguen favores exteriores y visibles, no los invoca contra los sucesos, sino contra su debilidad, no implora de ellos la posesion, sino el desprecio de las riquezas, no la prolongacion de la vida, sino el valor en la muerte. Lo mismo sucedió con los razonamientos sobre la existencia del mal. No pudiendo los estoicos griegos resolver satisfactoriamente este problema, aseguraron que el mal no existia; los romanos dieron á esta asercion una forma mas racional, menos absoluta y mas fértil en sublimes resultados. No existe, dijeron, otro mal que el vicio, otro bien que la virtud; libre, pues, es el hombre de evitar el mal, porque libertad tiene para ser virtuoso.

Fortalecido por tal sistema Cassio Julio, esperó impávido la muerte bajo Calígula, y volviendo en aquel solemne momento una curiosa mirada sobre sí mismo, observó las graduaciones que sigue el principio de la vida al abandonar sus órganos y separarse del cuerpo. El ejemplo de Thraseas imprimió á las mas débiles almas un movimiento pasajero, pero saludable; y el tardío ánimo de Séneca le devolvió algunos derechos á un aprecio mezclado de compasion.

En vano los tiranos de Roma estremaron su



violencia contra ese poder moral que desafiaba á sus delatores, sus libertos y sus centuriones. Neron arrojó de Roma al filósofo Musonio; pero en tiempo de Domiciano se oía en todas las bocas el elogio de este desterrado, y como uno de los caracteres típicos de la tiranía consiste en perseguir á los que toman la causa de los acusados, Domiciano hizo castigar con la muerte á un filósofo que habia elogiado á Musonio.

De tal suerte se levantó la filosofía á la mayor altura á que el ingenio humano la hubiese llevado, sucediendo cabalmente bajo los príncipes mas opuestos á ella. Decayó luego de aquel rango á pesar de los especiales favores con que los emperadores la honraban; ¡tan cierto es que no necesita la inteligencia humana de los halagos del poder, y que en último caso, valdría mas ser proscrita que protegida!

Adriano orgulloso, ó vano mas bien con sus conocimientos de la literatura griega, procuró hacer de su corte una academia, colmando de beneficios á todos los gramáticos y retóricos que á la primer señal acudieron para formarle ese acompañamiento filosófico. Prodigóles no solo riquezas y destinos sino el honor mas precioso de su intimidad. Sentados á su mesa discutian cuestiones abstractas, gustándole contemplarlos aferrados unos á otros y persiguiéndose con silogismos, con el celo en que les inflamaba el deseo de agradar al Señor del mundo. Tambien él se mezclaba á veces en las disputas, abrumando á sus convidados con preguntas capciosas y objeciones frívolas; empero treinta legiones daban mucho peso á sus argumentos, y mucha gracia á sus epigramas.

Cambió entonces de carácter la filosofía, desapareció el estoicismo, y el espíritu de secta tomó una actividad no conocida antes en Roma. Mas no fue el espíritu de las sectas griegas perseverante en su investigacion, sincero en su tenacidad, y que si tanto se afanaba por cuestiones frívolas, era porque de buena fe las daba una importancia imaginaria; fue un espíritu de secta facticio, calculado por sofistas ansiosos de entretener á un sofista coronado.

Lo que los mas célebres ó afortunados hacian en su corte, otros menos conocidos lo hacian oscuramente en todos los palacios de los ricos. La imitacion creó simultáneamente dos clases, de protectores y protegidos, viéndose por todas partes hombres cubiertos de andrajosos mantos ó de soberbios ropajes afectar la rudeza de Diógenes, la meditacion de Pitágoras ó la gravedad de Zenon: en una cosa se pare-

cian todos, en que devoraban la infamia, prodigaban adulaciones, y mendigaban regalos ó tal vez algun convite, pasajero fin de una ambicion bien modesta.

Todavía se elevó por un momento la verdadera filosofía en tiempo de Marco Aurelio, á quien se debe el ejemplo de un hombre dueño de un poder sin límites que no abusó de él. Por lo demas las recompensas, los salarios, los honores concedidos á los filósofos, y los establecimientos públicos fundados en su obsequio por los Antoninos demuestran la declinacion de la filosofía; todos esos estímulos eran superfluos en los tiempos de su esplendor, y fueron ineficaces cuando se reputaron indispensables.

Doy fin aqui á esta rápida esposicion, porque despues de los Antoninos la filosofía abandonó, en cierto modo, la capital del mundo y se traslado á Alejandría.—G. S.

---

## LA VIDA.

---

Canta la vida risueña  
 Robado su brillo al alba,  
 Entre música y placeres  
 Ó en blando lecho de grana.  
 Cántala bella cual vírgen,  
 Que en las aguas se retrata,  
 Cuando duplica sus ojos  
 De sí misma enamorada.  
 Al cielo usurpa las tintas  
 Y el color á la escarlata  
 Para vestir á la vida  
 Con su vestido de gala.  
 Esto dice el que es feliz,  
 ¿Lo dirá tal vez mañana?....  
 ¡La vida! ¡Triste presente!  
 Cuando comienzo á cantarla,  
 La mano pongo en el seno,  
 Y saco de él hiel amarga.  
 ¿Qué es la vida?... Un ancho vaso  
 En donde hasta el borde manchan  
 Las heces que por ser muchas,  
 El fondo no las abarca.  
 ¿Á dónde vas, ó mortal,  
 En alas de la esperanza,  
 Si sobre tus hombros llevas  
 De la existencia la carga?  
 ¿Piensas que es mullido cespèd  
 Do blandamente resbalas?  
 No: que es sierpe que te besa



Y luego el diente en ti clava.  
 ¿A dónde vas, infeliz,  
 Asido solo á una tabla?  
 Corre, corre presuroso  
 Donde el descanso te aguarda,  
 Y allí encontrarás la tumba,  
 Que es de otro mundo la entrada.  
 ¿Por qué, mísero, llorando  
 Tu curso rápido paras?  
 ¿Será tal vez una espina  
 Que el suelo en tus plantas clava?  
 ¿Qué es una espina en la vida?  
 Tu paso, ó pobre, adelanta,  
 Que espinas y abrojos es  
 Todo el camino que falta.  
 ¿Qué es á los ojos del hombre,  
 Cuando al cielo los levanta,  
 La grande bóveda azul,  
 La luna en carro de plata,  
 Y el sol derramando lumbre  
 Cuando á torrentes la lanza?  
 ¿No me respondes, mortal?  
 ¿Es porque no hallas palabras?  
 ¿O es tal vez porque lo ignoras,  
 Y herido tu orgullo calla?  
 Sufrir, maldecir, dudar,  
 Correr en pos de fantasmas,  
 Que cuando son placenteros  
 Son cual círculo en el agua;  
 Esa es la ley del vivir,  
 Reir hoy, llorar mañana,  
 Y beber gota tras gota  
 Hiel cual las heces amarga.  
 ¿Por qué, humanos, deseais  
 Volver atrás vuestra planta  
 Y sonreís al mirar  
 La cuna que os albergara?  
 ¿No hallasteis allí dolores?  
 ¿No visteis que la esperanza,  
 Que tantos bienes nos miente,  
 Que se viste tantas galas,  
 No es mas que hermosa muger  
 Que nuestros sueños halaga,  
 Y que al despertar buscamos,  
 Y al despertar ya no es nada?  
 ¿Por qué amais lo que pasó?  
 Porque llorar os agrada:  
 Si es placer recordar males,  
 ¿Qué es el dolor que desgarrá?  
 Responde tú, corazón,  
 Y pon la mano en tus llagas.  
 No hay hombre que no maldiga;  
 El tiempo si lento pasa;  
 Le maldice el ambicioso  
 Que ve su gloria en mañana;

El niño quiere ser jóven  
 Y blande fingida lanza,  
 El jóven no quiere serlo  
 Y ya la ambicion le halaga,  
 Si la gloria le sonrie,  
 Es el oro su esperanza,  
 Y maldiciendo la vida  
 Cubre su frente de canas.  
 Y el que es viejo ¿qué querrá?  
 Tal vez lo ignora... la nada.  
 Si una idea lisonjera  
 Despierta nuestra esperanza,  
 Al punto viene la duda  
 Cortando al nacer sus alas.  
 ¡Pobre de mí! sin concierto  
 Mi canto y suspiros pasan;  
 La vida quise cantar  
 Cuando punza y cuando halaga,  
 Y solo canto el dolor  
 Que mi pecho desbarata.  
 ¡Mas, ay, que todos se duelen  
 En este valle de lágrimas!  
 La vida es un ancho vaso,  
 En donde hasta el borde manchan  
 Las heces que por ser muchas,  
 El fondo no las abarca.

Santiago Diego Madrazo.

**ANUNCIO.**

En la librería de Moran se halla de venta un ejemplar de la obra

**PANORAMA UNIVERSAL,**

Ó SEA

**HISTORIA Y DESCRICION DE TODOS LOS PUEBLOS,  
 de sus religiones, leyes, usos, costum-  
 bres etc.,**

con 1,800 láminas grabadas sobre acero, que representan los paises mas pintorescos y sorprendentes, los monumentos antiguos y modernos mas célebres, los trages, armas, muebles etc.

Es obra que escasea en términos de no hallarse ya ni un ejemplar en donde se publica. Consta en el dia de 436 cuadernos, y se completará segun vayan dándose á luz los pocos que faltan.

SALAMANCA: IMPRENTA DE MORAN.